

como sentenciar al horno de Babilonia á los que han de reñir la parlamentaria batalla.

Muy desacreditado está el sistema. No lo está aquí tan sólo: en muchas naciones latinas, sobre todo latinas, corren malos vientos para él. Sin embargo, no se ha descubierto, hasta la fecha, cosa mejor. La reunión y la deliberación por medio de la palabra las encontramos en el origen mismo de la vida de los pueblos, en los países primitivos, en la pipa ó *calumet* del gran consejo indio, en la asamblea de los ancianos de Israel, en la *Iliada*, donde, en momentos de peligro, vemos cómo se juntan y deliberan los jefes, en forma realmente parlamentaria. Milton otorga al parlamentarismo más rancio abolengo; en el Infierno nos describe las sesiones de un parlamento de demonios.

Enormes son sin duda los defectos de que adolece la institución; de seguro está tan enferma como las demás, como lo está en España todo; y no obstante, sería difícil reemplazarla: no se ve el medio. Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que han llegado á viciar ó á encubrir lo esencial mismo. ¿Se le ha ocurrido á nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, unas Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amañes, sin ese encasillado que se parece al *tchin tchin* del mandarínato en los países sujetos al látigo y á lo inflexible de la jerarquía? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad?

Hay quien dice y asegura que para cumplir este prodigio, no bastaría que el gobierno tuviese un arranque de sinceridad y abnegación y prescindiese de gobernadores, caciques y auxiliares de todo género. Es más: hay quien cree que ni por quererlo y ordenarlo el gobierno se conseguiría. Así como un ratón mecánico, después de haberle dado cuerda, marcha él solito, el país tiene cuerda de obediencia y sólo haría las elecciones á gusto del poder... ó no las haría, se retraería, se quedaría en su casa, y el día solemne de las elecciones nos encontraríamos sin diputados, artículo, como nadie ignora, de primera necesidad.

Al abrirse las Cortes los espectáculos se cierran. Queda Madrid entregado á las diversiones propias del verano; diversiones de botijo, estoy por llamar á esas óperas baratas, esos teatrillos sin consecuencias, esos jardines agradables, frescos, inspidos, donde casi no hay flores y en vez del rumor de los árboles movidos por el viento, se oye una orquesta. ¿No habéis notado el aspecto triste de las grandes poblaciones en tiempo de verano? Por ahora aún conserva Madrid su alegre fisonomía de primavera: el riego refresca sus *squares*, las horchaterías tienen parroquias y parroquias elegantes, el paseo ofrece, entre el remolino de los coches que ruedan suavemente por la tierra húmeda, el cuadro variado de las modas de estío, de los atrevidos sombreros de estación, de los colores claros de la ropa; pero esto poco va á durar: dentro de un mes, así que el sol de julio derrame sus olas de fuego, la Castellana y el Retiro empezarán á despoblarse, las calles á quedarse medio desiertas, las tiendas á no vender, los puestos de horchata y limón á instalarse en mitad de la acera, apoderados de la esquina, y la gente á recluirse entre cuatro paredes, hasta la hora del anochecer, en que se atreven á respirar un poco, en sillitas á la puerta de casa, ó al pie de las fuentes, al regalo de la humedad del agua fluente y viva. Alguien ha descrito la tristeza propia de los países de nieblas y fríos; ¡cuánto más aburrido es un pueblo donde hace tanto calor y que se queda vacío casi por completo, desierto y habitado, con gente y sin personas!

Los crímenes continúan á la orden del día. Crímenes pasionales, crímenes acompañados de robo: poca variedad, poca amenidad en este aspecto de la crónica. Cuando leo en un periódico «Horrible crimen», de antemano podría relatar lo que sigue. La variedad más frecuente es esta. Un obrero —hojalatero, zapatero, vidriero, ya se recordará la enumeración de *La verbena de la Paloma*— tiene relaciones con una muchacha «que siempre fué honrada». La muchacha, ó porque su amartelado galán le pega, ó porque acostumbra estar beodo, ó porque tiene sus queridas, ó por cualquier otra fruslería del mismo jaez, determina romper y no acordarse más del santo del nombre de aquel individuo. Él no está conforme: desea continuar. Ella le significa su resolución: él se lamenta, se mesa los cabellos, profiere imprecaciones sordas y reniega de su indecente suerte. Ella, firme que firme.

Pasan dos meses ó tres. La muchacha, aburrida de coser ó de fregar, decide asistir á un baile ó darse una vuelta por la plazuela. El ex novio la sigue allí, y apenas le echa la vista encima, la apremia para reanudar. Niégase la chica por última vez; el galán saca un revólver ó empalma una faca «de grandes dimensiones» y la clava con insistencia en la región H ó B del cuerpo de la desdichada. Cae ella, sin proferir un grito, en un charco de sangre: él la besa; se entrega á los guardias; le juzgan; el defensor le pinta como un Oteló forrado en Wérther; el tribunal le aplica cuatro ó seis años, si no le absuelve... y aquí no ha pasado nada, señores.

Porque la lenidad con esta clase de crímenes es grande. Sale bastante barato dar muerte á una mujer. Sería conveniente que costase algo más: tal vez así lo pensarían mejor los celosos y los apasionados. La palabra *pasión* se toma aquí en un sentido vago y falso, como antes se tomaba la palabra *honor*. Tal *pasión* es sólo capricho, sensualidad, vanidad mortificada. Para discernir cuál es pasión verdadera, si el asesino era realmente un maniático de pasión ó es sólo un violento que satisface su inclinación á la violencia, debiera averiguarse cuidadosamente la vida anterior, el comportamiento, el cómo se hubo siempre el matador con la víctima. Si el supuesto loco de amor es un vicioso, un mujeriego infiel, uno de los muchos que maltratan á la infeliz á quien acabarán por asesinar, la severidad de los jueces debería apoyarse en estos datos, la pena debería ser fuerte y máxima.

Unos delincuentes á quienes yo absolvería son los gitanos estafadores por el procedimiento de la buenaventura. ¿Absolver he dicho? Estoy por añadir que les daría un premio. Como que les encuentro donaire, gracia y garabato, mientras los estafados me parecen unos majaderos merecedores de eso y mucho más. Si les sacan el dinero, bien empleado: ¿quién les manda ser idiotas y supersticiosos?

Véase, por ejemplo, lo que estos días ocurre á una Menegilda llamada Josefa Varela. Remitió ésta á una hermana suya una cantidad de dinero, y en la duda de si lo había ó no lo había recibido, quiso consultar el horóscopo de la cartomancia, que para tales casos es lo indicado y seguro. Dos gitanas tan listas como ella era simple, la llevaron á casa de otra egipcia, la cual, mediante treinta y cinco céntimos —el precio de una cajetilla de cigarros— la sacó de dudas echando las cartas y declarando no recibido el dinero. Al mismo tiempo, la anunció un premio á la lotería, y consiguió que la doméstica entregase, para lograr el anunciado premio, todos sus ahorros, un reloj con su cadena y una falda. Y hubiese traído el redaño, si se lo piden. ¿Castigar á las gitanas? Mejor fuera sentenciar á la incauta, para escarmiento de otros incautos, á llevar una albarda los días de fiesta.

El vizconde de Irueste, persona muy conocida en la sociedad madrileña, y que acaba de morir de un ataque al corazón, es una nueva y tardía víctima de aquel terrible descarrilamiento del Sur Expreso que yo anuncié en una de mis primeras crónicas de la Exposición universal. ¡Como que no podía menos de suceder, dado el estado de la vía entre Bayona y Burdeos! Pocos días después de mi predicción (fácil era profetizar lo que saltaba á los ojos) ocurrió la catástrofe. El vizconde salió ileso, según los periódicos anunciaban. Ileso, sí; pero como las personas á quienes hiere el rayo, que se mantienen en pie algún tiempo, en virtud de extraña y misteriosa fuerza, y de súbito caen para no levantarse más. No era sin embargo el vizconde hombre de ánimo apocado ni de condición asustadiza: al contrario, pasaba por espadachín y pendenciero, dedicábase á atrevidos *sports*, y una de las muchas veces que tuve el gusto de hablar con él, vestía la casaca roja del *gentleman rider* y venía de correr liebres en la Venta de la Rubia con la infanta Isabel, que tampoco peca de medrosa y sedentaria. Pero ¿quién ignora que en esto del valor existen anomalías singulares? ¿Quién desconoce que el estado del ánimo, la hora, el sitio, las circunstancias, determinan la impresión y la hacen á veces profunda y mortal?

El vizconde de Irueste quedó herido de muerte al presenciar el espantoso descarrilamiento. El cuadro de horror que le rodeaba le hizo tal efecto, que no pudo resistirlo su organismo. En la fuerza de la edad, lleno de vida, le mató una impresión más moral que física, aunque físicamente también el sacudimiento no sería flojo. Y he aquí un caso en que parece difícil aplicar las leyes referentes á indemnizaciones, por siniestros, en las compañías ferroviarias.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ENSALADILLA

Vuelvo de Orense con el alma llena de infinita gratitud, con provisión de consuelo y de alegría para mucho tiempo. Esta vocación literaria mía, que no ha dejado de costarme desazones y luchas, me ha valido también, en justa recompensa, horas y días inolvidables. ¿Qué más se puede pedir? Todo lo que es combate se cifra en la esperanza de una victoria, doblemente deseada y saboreada si vence por nosotros y con nosotros una idea que vale más que nosotros valemós. Yo, cuando llegue el momento de colgar las armas y desceñir el arnés; cuando tenga que retirarme á la sombra de los árboles ó á sombra más obscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado. Y no se me rependa este pequeño desahogo personal, que las fiestas de Orense *vida contemporánea* son, y de ellas podría decir mucho en esta crónica, si justamente no me lo estorbase el pudor de hablar de cosa propia, de algo que me toca tan de cerca y tanto me honra. Ni una palabra más acerca del radiante viaje ayer terminado; á pesar de mi costumbre de enterar á los lectores de *LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA* de mis correrías y excursiones por España y por fuera de España, esta vez prescindo de toda nota pintoresca.

Ya están abiertas las Cortes. ¡Fuego de Dios con las Cortes y el calor que en ellas hace! No comprendo por qué siempre se convocan las Cortes en el rigor del verano, lo mismo que si se aspirase á que los padres de la patria no salgan con vida de la empresa.

Cuando digo que se convocan las Cortes en el rigor del verano, cometo una inexactitud: muchas veces se convocaron con tiempo fresco, pero se prorrogaron hasta los meses más crueles. Las de 1850, en ese particular, anduvieron gobernadas por mano acertada en graduar temperaturas. Abriéronse en octubre. Algunas otras, como las de 61, 62, 64, en noviembre y diciembre. Pero desde 1880 acá, noto la tendencia á abrirlas en marzo, abril, mayo y junio, que es tanto